

Cinco cuentos para fantasear

David Romeo Avila



Image not found.

Capítulo 1

Adiós en agua, aire y música

La tarde cayó como había sido usual durante los últimos meses: calurosa, triste y húmeda. Amelia preparaba, con aire distraído y ausente, algo de comida blanda para su madre mientras la pequeña televisión de cocina, junto a la cafetera, daba las últimas noticias meteorológicas.

-Hija, que ya es hora que tu madre coma -escuchó decir a una voz proveniente de la habitación contigua.

-Ya va abuela, ya va -respondió con calma.

Con aire rutinario, tomó con ambas manos la charola en la que había acomodado los platos y se dirigió al cuarto de Nadia, su madre. Al pasar por el comedor, cruzó una leve sonrisa con la abuela, quien zurcía calcetines sentada en la silla de cabecera, bajo el rápido movimiento del ventilador de techo y la luz amarilla del foco.

-Mamá, tu cena. -susurró Amelia al tocar la puerta suavemente.

Nadia comenzaba a intentar sentarse en la cama sin mucho éxito. Un par de jadeos agudos y apagados salieron de su boca, denotando el esfuerzo que hacía.

-Mamá, mamá, tranquila -le apremió Amelia un par de veces al dejar la charola en una mesa cercana y ayudarla a incorporarse para comer.

Mientras Nadia tomaba bocados poco a poco, su hija le acariciaba la vacía cabeza, tan llena de largos cabellos lacios hasta hacía muy poco. Sonreía de cuando en cuando y le apretaba la mano con cariño a su tan querida y dedicada enfermera.

-Siento mucho hacerte pasar por esto mi amor. Siento mucho haberme enfermado así -dijo al fin con pesadumbre y vergüenza.

-No digas tonterías mamá -sentenció Amelia con delicadeza. -Todo va a estar bien y no pasa nada conmigo. ¿Cómo no voy a cuidar al ser que más amo, que lo ha dado todo por mí? -continuó en tono de reproche cariñoso.

-Te amo hija- murmuró Nadia.

-Te amo mamá- respondió Amelia antes de levantarse y retirarse;

dejándola sumergirse de nuevo en el sueño.

Un par de lágrimas rodaban por las mejillas de la joven al pasar por el comedor, de regreso a la cocina. Otras dos manos la detuvieron, le retiraron la charola, y dos brazos arrugados se prendieron a su espalda con un fuerte abrazo. Había también lágrimas que no eran las suyas.

-Abue... -sollozaba Amelia.

-Shh, shh, shh mi niña. -decía solamente la abuela.

No había nada más que decir.

Durante el apretón, las dos mujeres recordaban fugazmente cómo había sido Nadia antes de caer enferma: alegre, ruidosa, hiperactiva, un poco impulsiva, pero sobre todo una madre e hija maravillosa. Era demasiado duro ver su desgaste y deterioro progresivo, tan agresivo, tan injusto.

“-La entrada del huracán está prevista para las 4 de la tarde, mañana domingo” -escucharon la voz proveniente de la televisión de la cocina, haciéndolas separarse y adentrarse en asuntos prácticos.

-He escuchado que viene fuerte- dijo la abuela, limpiándose los ojos con su mano derecha.

-Sí, mucho. -contestó Amelia respirando profundamente. -Tenemos ya todas las provisiones de agua, enlatados, velas y baterías abuela; y mañana en la mañana aseguraré las ventanas con cinta adhesiva, antes de que las primeras ráfagas de viento y lluvia lleguen. -prosiguió en actitud ejecutiva.

-Te ayudaré hija. Lo haremos juntas. -completó la abuela sonriendo y acariciando el cabello lacio de su nieta.

La mañana siguiente amaneció tremendamente cálida, luminosa y calma, justo como suele ser antes del golpe de un huracán. La alegría y sorpresa de Amelia fueron infinitas al toparse en la cocina con su madre, que cocinaba panqués y tortilla de huevos a las 8 de la mañana. Chiflaba “Chiquitita”*, su canción favorita.

-¡Mamá! ¡Abuela! -gritó al fin después de unos instantes y sin salir aún de la sorpresa.

-Silencio hija -indicó Nadia con una sonrisa pícara. Están dando las últimas noticias del huracán.

-¡Pero mamá! -protestó Amelia un poco desconcertada, feliz pero

temerosa a la vez.

Nadia se aproximó y abrazó fuerte a su hija. -¿Recuerdas que el doctor nos dijo que esto podía pasar? Pues está pasando hija. Disfrutémoslo. -le explicó al oído con una calma extraordinaria.

Amelia no tuvo tiempo de replicar. La abuela, silenciosa, se había unido ya al abrazo.

Las tres mujeres pasaron la mañana haciendo inventario de provisiones y reforzando los cristales de las ventanas. Nadia puso oídos sordos a los continuos ruegos de su madre e hija, que le pedían se retirara a descansar. Tenía tal fuerza, energía e ímpetu, que era simplemente imposible hacerles caso.

Alrededor de las 3 de la tarde los nubarrones oscuros comenzaron a llegar junto con algunas pequeñas rachas de viento. Unos minutos más tarde llovía ya con fuerza.

Amelia se percató de que no había visto ni oído a su madre por varios minutos, así que comenzó a buscarla. Se topó con la abuela, a quien le preguntó por su paradero. Ella tampoco había visto a su hija por un rato. - ¡Pensé que estaba contigo! -le espetó con sobresalto.

Al fin, después de mucha búsqueda, a través de una de las ventanas tapadas con cinta adhesiva, Amelia pudo vislumbrar una figura calva y delgadísima en el parque frente a la casa, al otro lado de la calle. Bailaba y se movía acompasadamente al ritmo de la lluvia y el viento. Ocasionalmente levantaba los brazos y la cabeza al cielo gris oscuro.

-¡Pero se ha vuelto loca! -exclamó al tiempo que tomaba un par de toallas y corría con desesperación a la puerta principal para salir a buscarla.

Cruzó la calle. Sintió cómo las grandes gotas de agua fría le empapaban de inmediato la espalda y la cabellera. Al llegar frente a su madre tuvo que gritar para hacerse oír por encima del rugido de la naturaleza.

-¡Has perdido la cabeza! ¿Qué crees que haces? -prorrumpió escandalizada al tiempo que intentaba cubrirla con una gran toalla blanca.

Declinando la toalla y con una enorme sonrisa simplemente gritó de vuelta: -¡Vivo!

A continuación, Nadia tomó a su hija de las manos, incluyéndola en el baile y contagiándola de las risas. Las toallas cayeron al pasto verde mientras ambas brincaban y reían tomadas de las manos. Nadia cantaba a

todo pulmón, una y otra vez, una estrofa de su canción favorita.

-“Chiquitita sabes muy bien

que las penas se van y desaparecen

otra vez vas a bailar y serás feliz

como flores que florecen.”-

Nadia falleció doce horas después, antes del amanecer y con la plena furia del meteoro azotando la ciudad. Se fue en paz, con su madre y su hija a los lados de la cama sosteniéndole las manos. Su última acción fue mirar a las dos mujeres que tanto amaba y sonreírles, antes de cerrar los ojos y expirar quedamente. Las velas tintineaban y en el reproductor de sonido de baterías no se escuchaba la radio con las noticias ni los avisos referentes a la tormenta. Se escuchaba por el tocadiscos una canción: “Chiquitita”.

*Chiquitita es una canción popularizada por el grupo sueco ABBA. Sus autores son Benny Anderson y Björn Ulvaeus. Las letras en español son de Budy y Mary McCluskey.

Capítulo 2

Almudena y el viento Solano

Y al fin llegó el punto, el día, en el que todo el duelo, la pena y el llanto simplemente se han ido. Aunque cierto halo de tristeza permanece, y permanecerá por muchos años, el momento crítico de erupción sentimental ha terminado su ciclo natural de aparición y efecto. Surge entonces una callada e inquietante incertidumbre.

-¿Qué coño hago ahora? -se pregunta en silencio Almudena, sentada una banca de la plaza Vázquez de Mella, frente a su departamento, un caluroso medio día de agosto madrileño.

Javier, su padre, había finalmente fallecido hacía un par de meses de una larga enfermedad. Almudena había dejado todo por cuidarlo y proveerlo de la mayor comodidad y apacibilidad mientras la progresión de su afección segaba poco a poco su vida. Las finanzas nunca habían sido problema para ellos así que Almudena renunció a su carrera contable sin esa preocupación.

Ahora estaba sola: sin familiares, sin carrera, sin amigos, sin problemas económicos y sin aflicción adrenalínica.

Incluso los trámites legales derivados del funeral, testamento y seguros médicos le habían proporcionado una ocupación mental y física. Ahora todo simplemente había desaparecido; como arena en las manos cuando sopla un viento fuerte.

-¿Qué coño hago ahora?

Almudena se levanta, da unos pasos al frente, dobla a la izquierda y camina lentamente por la angosta calle de las Infantas para llegar a Hortaleza y comprarse un helado. Sus 42 años le pesan más espiritual que corpóreamente. En su mente flota y persiste la misma pregunta.

-Necesito una señal. Papá, haz que me la manden. Te extraño, te amo y te cuidé todos estos años con todo mi corazón pero al menos me debes eso. -pensaba al lengüetear su helado de fresa y limpiarse el sudor de la frente con la mano libre.

Esa noche, entre jugos corporales a pesar de la ventana abierta, Almudena soñó con su abuela asturiana Ayalga, jubilada de este plano hacía ya muchos años. Ayalga simplemente apareció frente a ella, delante de un fondo azul marino liso, con su largo camisón blanco para dormir y peinada con un gran chongo. Se aproximó unos pasos, frunció el ceño, encendió un cigarro con un quinqué que se materializó de la nada y

sermoneó gravemente entre bocanadas de humo y movimientos circulares de mano:

-¡Estudia un nuevo idioma! ¡Nunca sabes qué puede salir de entre todos esos raros que se meten a eso! -escuchó Almudena un par de veces junto con efectos de eco, relámpagos dramáticos y colores difusos.

Mientras la visión se alejaba hacia atrás en la distancia, la sudorosa durmiente alcanzó a escuchar a más bajo volumen pero más alto regaño:

-¡Y enciende el maldito aire acondicionado, por el amor de Dios! ¡Qué putas ganas de sufrir!

Almudena olvidó el sueño y prosiguió con su vida vacía y aburrida. El ocio y el antojo le hacían ir cada tarde, al menos mientras siguiera el calor infernal del verano centro-ibérico, a Hortaleza por un cono de helado de fresa. De regreso a casa por la calle Clavel (para variarle a la calle de las Infantas) una racha de viento ardiente le golpeó con fuerza, aporreando un pedazo de cartón ligero contra su ojo derecho y tirando al piso la mitad de la bola de helado que le quedaba.

-¡Viento del Solano! ¡Malo en invierno, peor en el verano! ¡Hostia! -increpó citando un viejo refrán al tiempo que se retiraba el pedazo de cartón de la cara y observaba con tristeza el porcentaje de helado perdido.

El pedazo de cartón resultó ser una pequeña estampa de anuncio. En ella se veía la torre Eiffel con un fondo amarillento y un par de estampas y sellos alrededor. Debajo se leía la frase: "Habla un nuevo idioma".

El recuerdo del sueño con la abuela Ayalga llegó de pronto junto con emoción y alegría repentinas que Almudena había ya olvidado podían sentirse. Corrió el trecho que le faltaba de la calle Clavel para llegar a la plaza Vázquez de Mella, giró brevemente a la izquierda sobre Infantas y finalmente subió a su departamento. Encendió de inmediato la computadora y tecleó en el buscador: "clases de idiomas". Eligió una escuela no muy lejos, cerca de la Puerta del Sol y salió disparada a inscribirse.

-¿Pero qué idioma desea aprender? -inquirió la desconcertada recepcionista de la escuela al ver a Almudena totalmente emocionada sacando billetes de su bolsa para pagar la inscripción y la primera mensualidad.

-¡El que sea! ¡Elige tú! ¡Francés! ¡E inglés! -respondió ella a mil por hora.

Almudena estaba eufórica. Había recibido su señal. Ahora algo maravilloso

pasaría.

No pasó absolutamente nada.

Almudena se aburría igual que siempre aunque descubrió que sí tenía facilidad para los idiomas, los cuales aprendía rápidamente. A diario escuchaba con tedio y pereza la voz pausada y sin inflexiones de Benoît, su maestro de francés y la gangosa y exageradamente afectada de Susan, su obesa y estadounidense maestra de inglés.

-Es como una broma pesada. -pensaba Almudena con frustración-. Pensé que algo sucedería.

Un día, compró un helado de fresa en la Puerta del Sol, al salir de clases. Poco le importó el frío de febrero. El helado de fresa siempre le hacía sentir mejor. Mientras le untaba la lengua, observó a un chico de aproximadamente treinta años, músico callejero, tocar y cantar canciones modernas al estilo flamenco con solamente una guitarra acústica. El viento Solano, malo en invierno y peor en el verano, apareció de nuevo derribando lo que quedaba de su bola de helado. Almudena salió corriendo hacia el chico, quien espantado al ver acercarse a una loca corriendo con un cono vacío de helado, dejó de tocar.

-¡Hola soy Almudena! ¿Cómo te llamas? -preguntó sonriendo.

-Javier... -respondió el chico con recelo.

-Eres un cabrón papá. -pensó Almudena antes de continuar abordando al músico.

-Enséñame a tocar y a cantar así .Te pagaré bien, por supuesto. -pidió ella casualmente.

-¡Vale tía! ¡Si pagas bien, te enseño! -respondió Javier también casualmente con una media risa.

Almudena continuó aprendiendo francés e inglés a la par que desarrollaba no sólo técnica y conocimiento sino pasión por la guitarra y el canto flamenco.

Javier y ella se hicieron muy buenos amigos, además de maestro y alumna. Compartieron risas, conocimiento, copas de vino, helados de fresa y algunas noches de frenesí carnal hasta que ya no hubo nada que enseñarle a Almudena. Entonces, Javier desapareció sutil y calladamente; sin complicaciones o resacas negativas.

En cuanto a Almudena, su departamento de la calle de las Infantas se encuentra arrendado y alguien parece haberla visto en alguna plazoleta de

París interpretando "La vie en rose" a ritmo y estilo flamenco.

El viento Solano, malo en invierno y peor en el verano, continúa soplando.
Empuja, sí, pero el destino lo decide el empujado.

Capítulo 3

Đạo Mẫu y el vuelo 398 □□

Media tarde en un día semi oscuro. Afuera los copos de nieve parecen recorrer plácidamente su camino del cielo a la tierra; a veces vilipendiados por alguna suave ráfaga ocasional, a veces destrozados por alguna otra no tan gentil.

Al abrirse las puertas del tren, ella desciende. Nadie la vió abordar en la estación central; sin embargo, todos la miran ahora mientras camina elegante, tranquila y acompasadamente desde el andén en dirección al interior del aeropuerto Schwechat. Sus caderas se mueven lenta, rítmica, casi sensualmente al tiempo que avanza con aire etéreo y solemne, como si flotara. La seda estampada color azul Capri del *Áo Dài tradicional que viste cae hermosamente por su espigado y garboso cuerpo. Su rostro tranquilo, suave y digno demuestra al mundo la más dulce belleza oriental. Así camina, mientras su larga cabellera negra y recta se bambolea de un lado a otro en sincronía con sus caderas.

Es hoy su turno de evaluar una muestra, de probar, de sancionar si es necesario, o de premiar si lo amerita. Después se reunirá con los otros para determinar qué indica esa muestra y qué acciones deberán tomarse para el resto.

Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuvo aquí. Todo ha cambiado radicalmente; tanto como su propia forma elegida en comparación con la última que portó.

Sí; los largos pasillos redondeados, decorados en blanco y negro, contrastan enormemente con el andar y la presencia de **Đạo Mẫu.

Entra al área a la sala de abordar mientras contempla a su derecha a un niño de aproximadamente 9 años golpear en el estómago a su hermanita de 6, mientras su madre, absorta, teclea algo en el teléfono celular. Se sienta en una de las pocas sillas vacías y realiza la primera parte de su trabajo: observar.

Frente a ella una anciana agria y amargada emite comentarios hirientes a su encorvado e inmóvil esposo. A la izquierda dos mujeres jóvenes y exitosas platican animada y amigablemente en apariencia. Đạo Mẫu sabe, empero, que una de ellas duerme con el marido de la otra y que aquella, a su vez, planea ocasionar su despido en la compañía en que ambas laboran. Detrás de ella un grupo de muchachos se mofan cruelmente de una pareja homosexual que camina tomada de las manos aproximadamente a 20 metros. A lo lejos, junto a la puerta de embarque, una azafata niega información a un pasajero: -"mi trabajo comienza

dentro de la nave, no afuera". -espetea geoseramente. El pasajero la insulta entre dientes.

Uno a uno, eventos lamentables se suceden frente a sus ojos. Egoísmo, furia, racismo, desprecio, rencor, indiferencia y desdén son atestiguados, uno tras otro, por Đạo Mẫu en aquella sala de espera. Menea la cabeza de un lado a otro con pesar al juzgar calladamente y tomar la determinación que conlleva su juicio.

De pronto, algo llama su atención.

Desde una esquina semi escondida, un joven alto y delgado, de aproximadamente 20 años, se levanta intempestivamente del piso; en donde se encontraba sentado. Atraviesa la sala de abordar en dirección al pasillo central del aeropuerto. Sus grandes pasos son acallados por la alfombra.

Đạo Mẫu se incorpora, atenta e interesada.

El chico se dirige a una mujer morena y regordeta de mediana edad que llora callada, pero discretamente, junto a una pared.

Đạo Mẫu aguza el oído y escucha.

-¿Qué le pasa señora? ¿Está bien? -Pregunta el muchacho con genuina preocupación, viéndola a los ojos.

-Mi madre está muriendo en Bahía, y no voy a llegar a tiempo para despedirme. -prorrumpe de pronto entre un nuevo torrente de sollozos y lágrimas desencadenados por el repentino consuelo de un extraño.

-¿Cómo se llama usted? -pregunta con gran delicadeza el chico alto.

-Luiza -responde ella.

-Luiza, escuche: su madre va a estar bien. Ella le ama y usted a ella. Ambas lo saben. Eso es más fuerte que cualquier distancia. Incluso si no llega a Bahía a tiempo, Luiza, su madre sabrá cuánto la adora y sabrá también que le dice adiós con todo su corazón. ¿Me escucha Luiza? - instruye el chico con firmeza mientras la toma de los hombros.

Luiza llora desconsoladamente.

-iLuiza! iLuiza! -exclama el chico tratando de llamar su atención y hacerla

enfocarse.

-¡Cierre los ojos y repita después de mí! -continúa.

Luiza asiente entre gemidos, cerrando los párpados de los hinchados ojos.

-Mamá- comienza el chico.

-Mma...má- repite Luiza lentamente.

-Deseo llegar a verte pero si no puedo...quiero que sepas que te amo y que te digo adiós con toda mi alma. Te volveré a ver cuando deba hacerlo y te amaré por siempre. Mientras tanto, mamá, buen viaje. -dice paso a paso el chico mientras Luiza repite poco a poco.

Al terminar de hablar, ambos se unen en un gran abrazo de varios segundos; casi un minuto. Después de ello el joven la acompaña, todavía sosteniéndola en brazos, a su puerta de embarque.

Đạo Mẫu se levanta. Inexpresiva y con su andar ingrátido, avanza hasta el pasillo central, en espera del retorno del chico alto. Ahí, erguida en medio del pasillo, le mira regresar al área de abordaje del vuelo 398 con destino a Helsinki. Antes de llegar, el chico entra momentáneamente a un pasillo aledaño, en donde está el baño. Đạo Mẫu se mueve hacia el mismo lugar.

Dentro del desierto baño y mientras se echa agua en el cabello, el chico se sorprende al ver entrar a una hermosa mujer oriental ataviada con tan bello traje tradicional vietnamita. Sin decir palabra, ella se aproxima a él, casi levitando. Le acaricia el rostro con una de sus suaves manos; comenzando desde la frente y terminando en la parte superior de su cuello. Mientras la caricia sucede, el sorprendido Jakub pierde poco a poco la conciencia hasta desvanecerse totalmente. Đạo Mẫu lo sostiene sin esfuerzo con la otra mano, le besa la cabeza y suavemente lo deposita en el suelo del baño. En seguida da la vuelta y regresa a la puerta de embarque. Durante su corto trayecto ejerce la potestad de curar milagrosamente a una vieja y atribulada mujer negra en la región nordeste de Brasil; mientras su hija se adentra en los cielos de Europa sin sospechar nada.

-Señora, apúrese que es usted la última. -reprende en tono frío el empleado de la aerolínea encargado de escanear el pase de abordar y verificar el pasaporte.

Đạo Mẫu, sin darse prisa alguna, le mira fugazmente, levanta una de sus cejas y penetra en el tubo metálico que conecta el edificio con el avión.

Lentamente recorre el pasillo de la aeronave en dirección a su asiento, el último, ubicado al final del aparato. Uno a uno, los pasajeros le reclaman, mental y verbalmente algunos, su tardanza en abordar. Đạo Mẫu escucha y siente palabras y pensamientos que no hacen sino reafirmar su dictamen.

-¡Apúrese señora que no tenemos su tiempo!

-Cree que está modelando...

-Extranjera ridícula...

Đạo Mẫu se sienta y espera. Pronto estará hecho.

El vuelo 398 a Helsinki toma impulso y velocidad en la pista fría y nevada. Lentamente se levanta en dirección al cielo en un ángulo de 17 grados. Es entonces cuando sucede.

Los ojos de Đạo Mẫu comienzan a brillar poco a poco hasta hacer desaparecer sus pupilas. Aún sentada, el azul Capri de su Áo Dài se intensifica hasta transformarse en una luz iridiscente que eventualmente le hace perder forma humana. Đạo Mẫu ostenta ahora su verdadero aspecto: energía pura.

Los pasajeros no pueden moverse. Han entrado en un estado de parálisis física. Un estado que ha dejado sus cuerpos inmóviles pero sus mentes intactas. Sentados en posición vertical, con los cinturones de seguridad abrochados y las mesitas aseguradas en el respaldo del asiento del frente, escuchan dentro de sus cabezas la voz profunda, penetrante, lacerante pero compasiva a la vez...de Đạo Mẫu.

-He venido yo en esta ocasión, como al final de cada período alguno de nosotros lo hace, a atestiguar, a juzgar, a determinar. Con gran tristeza encuentro que mi muestra, ustedes, se ha malogrado. -resolvió.

-Otro vendrá al final del siguiente período; y probará con otro grupo. Mientras tanto ustedes permanecerán en estado de catalepsia en un cuasi-eterno despegue, pues sus espíritus permanecen abajo a pesar de que han conseguido elevar sus cuerpos físicos. En lo que concierne al mundo consciente, ustedes han muerto, su avión se ha estrellado y nadie ha sobrevivido. -sentenció.

-Agradezcan, sin embargo, al alma sensata. Ella es la única razón por la cual tienen una oportunidad; aunque no haya sido suficiente para que

atterricen vivos en este plano. -finalizó.

Sin decir más desapareció; dejando 188 entes sin moción y sin expresión, sentados en un eterno ángulo de 17 grados.

*Áo Dài Traje tradicional vietnamita consistente en una túnica de seda ajustada en el torso y talle, que cae angostamente sobre pantalones de tela delgada.

**Đạo Mẫu Es el término vietnamita referente a la veneración del conjunto de diosas madre.

Capítulo 4

Día de muertos

La Catrina se levantó de no muy buen humor. Hoy era el día. Ese día de cada año que le producía tanto fastidio, tanto hastío. Desde su alcoba podía escuchar ya el bullicio de todos los muertos amontonados e inquietos a las puertas del mundo después del mundo, en espera del inicio de operaciones.

Con lentitud y ceremonia, la Catrina se puso el hermoso vestido largo, ajustado y elegante, se acomodó la gran pámela y finalmente se colocó varios collares de ámbar y plata alrededor del tilico cuello. Entonces, intentando derrochar estoicismo se sentó en su banquito de marfil, corrigió aún más su perfecta postura, se miró al espejo, se derrumbó en drama haciendo un puchero y dijo para sí misma: -¡No quiero ir! ¿Por qué tengo que ser yo la que coordine esto también? ¡En esta fecha todos los muertos se ponen insoportables!

Se quedó un rato ahí, frente al espejo, mientras afuera la multitud de difuntos insufribles comenzaba a corear entre risas: "¡Catrina! ¡Catrina! ¡Ra! ¡Ra! ¡Ra!"

-¡Maldita sea! -Exclamó con hartazgo antes de levantarse y salir flotando por entre la puerta cerrada de su lujosa habitación.

La escena que contempló al levitar hacia las puertas de entrada y salida fue exactamente la de cada día de muertos: una impresionante aglomeración de almas, todas apretadas y untándose unas con otras, algunas moviéndose con impaciencia, otras peleando y muchas más platicando animadamente.

-¡Eh! ¡A la cola! ¡Que se quiere colar ese esqueleto contrahecho! -Gritó un espectro rechoncho y barbudo.

El esqueleto en cuestión levantó una mano con enfado y la utilizó para, con un dedo, insultar en ademán al espectro quejoso; ocasionando que éste a su vez le empujara.

-¡Pelea de ánimas! -Bramó alguien más con fuerza.

Las almas de esa sección formaron entonces, con impresionante precisión organizacional, un gran círculo alrededor del espectro y el esqueleto, coreando y avivando entre risas la inminente pelea.

-¡Ea! ¡Ea! ¡Ea! ¡Ea! ¡Ea! ¡Ea! -Canturreaban al unísono.

El espectro levantaba la mano para cachetear a su contrincante, cuando la voz imponente de la jefa Catrina resonó por toda el área, disipando la refriega.

-¡Basta! ¡Compórtense! -Regañó con indignación. -¿Por qué tienen que ponerse así cada carajo 2 de noviembre?

Catrina pausó, observó el mar de difuntos apretados y continuó con su regaño: -¡Todos van a ir! ¿Si saben que haber llegado desde ayer a sentarse a esperar no les va a hacer salir antes, verdad? ¡Se los repito todo el año! ¡Esto no es el seguro social al que iban cuando vivían!

Catrina comprendió que desperdiciaba palabras al observar el poco caso que le hacían y la continuación del comportamiento de turba emocionada y desesperada que hasta las almas mejor portadas del mundo después del mundo presentaban el día de hoy.

¡Tía Caty! ¡Tía Caty! ¡Tía Caty! ¡Tía Caty! -Comenzaron a vitorear los fallecidos, a sabiendas de cuánto le disgustaba a Catrina aquel mote burlón tan ampliamente difundido entre los espíritus y pronunciado a sus espaldas.

-¡Aaargh! ¡No me llamen así! ¡Abran esas puertas ya! ¡Váyanse! ¡Todos de una vez! ¡Aplástense y estrújense! ¡De cualquier manera ya están muertos! -Explotó Catrina, dando el ademán de apertura de compuertas.

Todas en tropel y gritando de júbilo, las ánimas salieron disparadas hacia el mundo apenas las puertas se abrieron un poco. ¡Allá iba doña Concepción con su mandil cuadriculado y empujando a doña Lula, que olvidó retirarse los tubos de plástico de la cabeza!

¡Por allá más lejos don Joaquín le daba un zape a don Roque, quien se había atrasado recogiendo los caramelos de nube que llevaba para sus nietos!

En cuestión de segundos, el lugar se vació por completo, dejando a una Catrina exhausta anímicamente.

-¡Horror de conducta! ¡Ordinarios! ¡Es una vergüenza! ¡Lo reportaré al concilio de altas almas! Y tan miedositos que llegan cuando me los traigo... -Refunfuñaba irritada y ofendida para de pronto percatarse de una presencia que le miraba desde abajo hacia arriba.

-¡Hola! -Saludó una pequeña aparición de no más de 1.20 de estatura.

-Hola también. -Respondió Catrina con indiferencia antes de preguntar: - ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no te fuiste con todo el mundo a la tierra a pasar el día de muertos?

-Meh... He ido ya varias veces. Además soy huérfano y nadie me espera. Me trajiste del orfanato en 1974 después de que me dio difteria. ¿No me recuerdas?- respondió el niño-ánima poniéndose una mano en el pecho y fingiendo sorpresa ante el olvido.

-Este...¡Sí! Claro que te recuerdo ¿Cómo estás? - Mintió Catrina haciéndose la tonta.

-Eres una pésima mentirosa- Contestó el niño riendo.

-Sí bueno...¿Tienes una idea de a cuánta gente me traigo diario? -Se defendió ella.

-Ya, como sea. Mira yo quiero proponerte un trato. -Cambió el tema el pequeñuelo.

-¿Trato? ¿Qué trato? ¿Tú a mí? -inquirió ella perpleja.

-Sí. Que vayas hoy con mi pase a disfrutar el día de muertos como un ánima más. Yo a cambio quiero una entrada VIP al show de Chavela Vargas y Rocío Dúrcal.

-¿Y por qué habría de hacer eso? -Contestó ella con altanería y aire no interesado.

-Nunca lo has hecho, sería un cambio de rutina y un buen día de descanso para ti. -Argumentó el chico.

-Mmmmm. -Pensó brevemente Catrina. -Está bien. Iré. -Resolvió.

-¿Tengo mi pase VIP? -Aseguró su negocio el chamaco.

-Zona diamante primera fila. ¿Te parece bien? -Anunció y preguntó en tono ejecutivo.

-¡Perfecto! ¡Un placer hacer negocios contigo tía Caty! -dijo antes de ponerle el pase de alma visitante en la mano y desaparecer en una pequeña nube blanca.

-¡Que no me llamen así! -Bramó Catrina, demasiado tarde, pues ya se encontraba sola.

Con el pase de alma visitante, emprendió el vuelo hacia la tierra. Esta vez no llevaba ningún manifiesto de nombres. Iba únicamente de visita y

disfrute.

Al llegar recorrió casas, plazas, parques y avenidas. Pueblos, playas, sierras y senderos. Contempló los altares, las flores, las muestras de respeto y añoranza. El cariño y el amor latiendo aún con toda su fuerza a pesar de la barrera entre la vida y la muerte. El sentir, pero no ver más.

Observó a sus almas, revoltosas e inaguantables hacía un rato, convivir, lloriquear y atracarse de comida con sus familias. Hijos recordando a papás a través de retratos, abuelas no olvidadas acariciando cabellos de nietos recién llegados al mundo corporal, hermanos y hermanas separados en reunión emocional...todo esto miró y sintió Catrina mientras peregrinaba y callejeaba. La perspectiva comenzaba a cambiarle. Empezaba a entender la desesperación de las almas por regresar en este día especial al mundo. ¡Eran tan pocas horas para tanta felicidad!

Catrina comió tamales en Tabasco y Guanajuato, mixiotes en Hidalgo, mole amarillo y del convento de Santa Rosa en Oaxaca y Puebla, respectivamente. Muchilpollo en Yucatán, corundas en Michoacán, enchiladas en San Luis, hojaldres en Campeche y pan de muerto en Veracruz.

El fin del día segundo del undécimo mes se vino encima rápidamente. Catrina se sentía frustrada. Hubo demasiado que no vio, demasiado que no comió (aunque se sentía inflada y tres veces su tamaño inicia), y demasiado que no sintió. El pase de visita de día de muertos expiraba.

Catrina ahora comprendía lo maravilloso que era para las ánimas regresar cada segundo de noviembre y convivir con sus queridos aún vivos. Entendía ya la desesperación de aprovechar todo instante del día, de salir en estampida por las puertas apenas estas se abrieran y regresar prácticamente cuando el más allá te absorbe por obligación. Sabía ya la razón por la que los espíritus se comportaban tan mal antes de salir: la emoción y el ansia por iniciar el mejor día del año.

Catrina estuvo muy callada y empática mientras los espíritus regresaban cabizbajos, en orden y callados de su excursión anual. Ya no pensaba que estaban siendo ridículos. Los saludaba y les decía una y otra vez que un año se pasa volando. Cuando al fin el último hubo entrado y las compuertas fueron cerradas, se retiró a su habitación a descansar. Después de quitarse la pamea y el vestido se arropó en la mullida cama. Al colocarse el acojinado antifaz para dormir, prometió ser más amable con todas las almas y organizar mejor la salida el siguiente año.

Tiempo más tarde, un pequeño ente se disponía a disfrutar las interacciones de la Vargas y la Dúrcal en la zona diamante del auditorio

cuando la Catrina, elegante y distinguida, se sentó a su lado.

-Quiero tu pase de visita de día de muertos del próximo año niño. -Le dijo con disimulo, mirando al frente, y haciendo como que utilizaba su gran abanico de encaje para mitigar un calor que no existía.

-Pase VIP para Whitney Houston y Amy Winehouse. Y visita a camerino. - Respondió tranquilamente el experto negociador.

-Hecho. -Dijo ella.

-Trato. -Dijo él.

Capítulo 5

Sidhe

“Si todo es uno, el amor, el odio y la locura no pueden estar más que íntimamente entrelazados”

Anónimo.

Aquella mañana el sol brillaba más radiante que nunca. Los verdes pastos aún resplandecían con el rocío del amanecer y el cielo azul mantenía un intenso tono pocas veces visto incluso aquí, en las tierras altas frente al mar. El frescor del suave pero constante viento era revitalizador y proveedor de alegre energía.

Esta magnífica mañana contrastaba enormemente con el ánimo de Sidhe, la *Banshee.

Sidhe había sido asignada muchos años atrás al clan *Ó Grádaigh en *Chláir, donde los grandes acantilados desafiaban sin tregua al inmenso y profundo océano atlántico ahora y desde el inicio de los tiempos. Sidhe había anunciado por cientos de años la muerte de los miembros de la familia sin nada más que profundo respeto, solemnidad y tristeza por la inminente partida. En cierta forma, Sidhe era ya parte del clan; etérea, fugaz e incorpórea pero familia al fin y al cabo. Los Ó Grádaigh aceptaban con resignación y pena el fallecimiento de alguno de sus miembros cuando escuchaban el leve llanto del espíritu y veían su delgada silueta cabizbaja pasearse en lo alto de la colina.

Hoy, Sidhe enfrentaba un gran problema: debía anunciar la muerte del joven Ardan, quien en algunas horas caería de su caballo rompiéndose el cuello instantáneamente. El problema radicaba en que Sidhe estaba perdidamente enamorada de él.

La imposibilidad de aquel amor era obvia y rompía todas las reglas de las Banshees, razón por la cual Sidhe había guardado su sentimiento por años en el más cerrado secreto. ¿Cómo podría un espíritu heraldo de la muerte estar con un ser de carne y hueso con un tiempo de vida tan efímero? El solo pensarlo constituía una gran perversión.

Sidhe se contentaba con observar cada día al alto, sonriente, musculado y rubio joven bromear y supervisar a sus trabajadores, reír con su padre, madre y hermanas, bañarse solitario en el río a medio día y pasear a caballo por las tardes. Sidhe era feliz así, hasta que supo el pronto, repentino y funesto destino de Ardan; y su propia cruel encomienda no

solo de anunciarlo, sino de presenciarlo.

Los minutos pasaban y Sidhe no sabía que hacer. El día anterior, durante el crepúsculo, había cumplido, lanzando su lamento sobre la colina, por lo que los Ó Grádaigh sabían ya que alguien estaba inevitablemente a punto de morir y se preparaban emocionalmente para abrazar y superar la pérdida de quien fuese el marcado para abandonar la vida.

La atribulada Banshee tomó una decisión. No vería morir a su amado Ardan. Cruzaría una línea jamás cruzada y esperaría que las consecuencias, las que hubiera, fueran solamente para ella, la transgresora. Estaba dispuesta a pagarlas con tal de salvar la vida de tan noble hombre del cual se había enamorado. Él merecía vivir. Él merecía ser feliz.

Así pues, Sidhe se acercó, invisible y flotante, a los establos de los Ó Grádaigh para tomar el aliento de vida del caballo de Ardan. Murmuró una inaudible oración y el corazón del corcel se detuvo para siempre. Ardan no cabalgaría esa tarde. El curso de las cosas había sido alterado. No habría muerte humana ahí en ese día.

Ardan entristeció grandemente al saber del deceso de su caballo. Lo enterró con lágrimas en los ojos junto con el resto de los Ó Grádaigh. A lo lejos, sobre la colina y mientras el sol descendía hacia el mar, Sidhe observaba compungida. Le dolía causarle aflicción a Arden pero era mil veces preferible a su muerte. Él viviría y ella podría amarlo con la mirada por muchos años más.

Las acciones de Sidhe no pasaron desapercibidas para *Dagda, quien envió a *Brighid, su hija y diosa triple del fuego, a regresar las cosas al cauce destinado. Brighid fue implacable. Esa noche descendió en una bola de fuego que los habitantes de Chláir confundieron con un gran cometa y de entre el incendio que causó en el bosque, caminó a paso firme por los pastos rumbo a la gran casa Ó Grádaigh.

Sidhe se movía con desesperación alrededor de Brighid implorando, pidiendo perdón, lamentando y prometiendo redención envuelta en el más desconsolado llanto. Brighid no escuchaba, no se inmutaba, seguía su camino. Al llegar a la casa Ó Grádaigh, con un simple ademán incendió al instante la habitación de Ardan, quemándolo vivo. Así deshizo lo hecho por Sidhe y la castigó al mismo tiempo, haciéndola escuchar desde los pastos la corta pero terrible agonía de su amado. Dirigió una mirada de desprecio a Sidhe e inmediatamente desapareció dejando a la pobre Banshee en el clímax de toda su tortura y calvario.

Sidhe entonces enloqueció. Lanzó alaridos jamás escuchados antes. Maldijo con la rabia, el odio y el rencor más profundo que pudiera existir en cualquier mundo. Con sus propias uñas rasgó su boca y rostro y fuera

de toda cordura se encorvó hacia adelante y posó sus manos sobre el pasto húmedo antes de emprender una loca carrera cuadrúpeda, como animal salvaje, rumbo a la casa Ó Grádaigh.

Los abatidos Ó Grádaigh se encontraban ya fuera de su propiedad, alejados del fuego y junto a la escalera de la pequeña y contigua casa de los sirvientes, gimiendo y llorando la pérdida de su hijo primogénito y hermano mayor; el único que no pudo salir a tiempo del incendio. Los fieles sirvientes también se encontraban ahí, abrazados y derramando lágrimas de tristeza infinita.

Sidhe embistió de pronto y sin vacilación. Con movimientos trastornados y enardecidos, le arrancó la yugular a cada uno de los que ahí se encontraban. Nadie tuvo tiempo de correr, nadie supo qué estaba sucediendo: uno por uno sintieron un peso encaramado encima antes de notar el dolor agudo en el cuello y observar la sangre manar. Sidhe gruñía y mordía a la velocidad del relámpago mientras al fondo la casa principal de los Ó Grádaigh continuaba ardiendo.

Fue Dagda en persona quien ahora apareció frente a la monstruosidad en la que Sidhe se había convertido. La otrora Banshee escupió restos de sangre al piso frente a Dagda antes de lanzar un último alarido. Dagda entonces la miró y creó una prisión para ella, para controlar su furia y falta de cordura, ya que los espíritus no pueden ser destruidos sino sólo contenidos.

Sidhe fue encerrada dentro del adorno de remate inicial en el barandal de la escalera que llevaba a la casa de los ahora fallecidos sirvientes del clan Ó Grádaigh.

Antes era simplemente una bola de piedra, ahora era Sidhe con toda su ira, su rencor y su odio infinitos en encierro.

Se dice ahora en Chláir que aquella fatídica noche una vela cayó debido a una desafortunada corriente de aire, encendiendo el fuego en la tela de la cama de Ardan; quemándolo y originando el gran incendio que consumió toda la propiedad. Se dice también que cuando los

Ó Grádaigh salieron a los pastos, junto a la casa de los sirvientes para ponerse a salvo, una jauría de lobos hambrientos atacó, matándolos a todos antes de que los vecinos más cercanos pudieran llegar por entre el bosque en su auxilio, alertados por los gritos y la luz de las llamas.

La casa principal de los Ó Grádaigh ardió hasta los cimientos, no así la casa de los sirvientes, que permanece intacta hasta el día de hoy.

En el remate inferior del barandal que conduce a la entrada hay un adorno extraño: el rostro de una mujer semi-sonriente, semi-enloquecida, con la boca manchada y un par de líneas rasgándole el rostro. Nadie tiene ya el valor suficiente de penetrar en esta pequeña casa pues se dice también que quienes lo han hecho han sido atacados por lobos, que les han destrozado la yugular.

*Banshees: espíritus femeninos del folclore irlandés que actúan como mensajeras de la muerte de algún miembro de la familia o clan al que han sido asignadas.

*Ó Gradaigh: O' Grady en inglés. Una de las grandes familias irlandesas desde el bajo medievo hasta el presente.

*Chláir: Clare en inglés. Condado del oeste irlandés, frente al océano atlántico donde se encuentran los imponentes acantilados de Moher. Región de origen de la familia Ó Gradaigh.

*Dagda: dios principal de la mitología irlandesa.

*Brighid: diosa triple del fuego, hija de Dagda en la mitología irlandesa.